

Campus Virtual

Eran las 9:28 cuando entró al aula. Aquel día el transporte también había dado problemas, obligándole a correr desde la puerta de la facultad para llegar a tiempo a Divagación Cuántica. Con un rápido vistazo a sus compañeros de *sprint*, constató que ninguno mostraba signos de cansancio, por sus rostros de palidez enfermiza no resbalaban gotas de sudor y su respiración era pausada, normal. Algunos pares de ojos vidriosos le devolvieron miradas tan carentes de interés como la suya.

Mientras tomaba asiento en una de las filas superiores, se preguntó dónde estaría su compañero de banco. Los últimos rezagados habían entrado ya al aula y él no se encontraba entre ellos. Al parecer, el nefasto estado de la Maraña Madrileña había impedido a un buen puñado de estudiantes llegar a la facultad.

No tuvo mucho tiempo más para pensar en los ausentes pues, precedido de un *¡plop!*, el avatar del profesor ya había aparecido sobre el estrado central. A modo de bienvenida, se dedicó a repetir toda la perorata oficial sobre por qué no habían podido ir a clase durante la semana anterior. Nada que las Autoridades no hubieran dicho ya mil veces, empeñadas en grabar a fuego la verdad sobre aquel *incidente técnico* completamente normal. Tanta insistencia le incomodaba, pues le hacía recordar a su compañero y sus proclamas antisistema. ¿Cuántas veces le había hablado de manipulación?

Tal vez su compañero tuviera razón. Empezó a ser consciente de muchas contradicciones que había pasado por alto, y deseó que detrás de todo lo ocurrido estuvieran los Saboteadores. Decidió que tenía que descubrir cómo ayudarles...

De repente, todo se oscureció y comenzó a viajar vertiginosamente a través de un túnel en el interior de su mente. Milésimas de segundo después volvía a estar en su habitación, en la misma posición que al iniciar su conexión a la universidad. Pero ahora le palpitaban las sienas, respiraba aceleradamente y se sentía como si un rayo le hubiera atravesado el cerebro.

-¿Estudiante AG555?

Unos dedos férreos le habían apresado el brazo. Consiguió abrir los ojos y distinguir, con la mirada borrosa, un rostro de duras facciones. Se sentía incapaz de decir nada

-Tiene que venir conmigo.

Al tiempo que salía de la habitación, dos espectros cargados con maletines y máscaras antigás entraban. No sabía quiénes eran. No importaba. Lo único que podía hacer era seguir dócilmente a la mano de hierro.